

taba estas maravillas, decia tener de todas ellas tan íntima y clara evidencia, que prefiriera morir á negar su existencia y verdad.

Así es como Dios comenzaba á corresponder á su fiel sierva. La ve viuda solitaria, y se da á ella á sí mismo por esposo; la ve en medio de su juventud, turbada y llena de desaliento, y le da por señora y madre aquella que es á un tiempo Madre de dolores y misericordias; y al alma despojada de todos los bienes de la tierra le pone de manifiesto, ya en la tierra, los impercederos tesoros del cielo.

## CAPÍTULO XX.

*Que la amada santa Isabel no quiso volver á casarse; y de como consagró su traje de novia á Jesús, esposo de su alma.*

Ego dilecto meo, et dilectus meus  
mihi, qui pascitur inter lilia.

(Cant. vi, 2).

La verdadera viuda es en la Iglesia una pequeña violeta de marzo, que esparce una suavidad incomparable con el olor de su devocion, guardándose casi siempre escondida debajo de las grandes hojas de su abalimiento... nace en lugares frios é incultos, guardándose de la conversacion de los mundanos para mejor conservar la frescura de su corazon contra todos los ardores que el deseo de bienes, de honras y tambien de los amores, le pueden causar.

(San Francisco de Sales, *Vida devota*, parte III, cap. 2).

No podian menos los parientes de Isabel de compadecerse de ella y tomar la mano en sus negocios, tan pronto como llegara á su noticia la posicion angustiosa y triste á que estaba reducida toda una princesa de ilustre sangre, y emparentada con las familias mas poderosas del santo Impe-

rio. Frustradas las tentativas y pasos dados por la duquesa Sofía para que sus hijos trataran de aliviar la suerte de Isabel, hizo secretamente que llegara la noticia de todo á oídos de la abadesa de Kitzingen, Matilde, hermana de la Reina de Hungría, madre de la infortunada Duquesa. Penetrada de dolor al saber tales cosas aquella piadosa Princesa, envió al punto mensajeros de su confianza con dos carruajes para ir en busca de su sobrina y los niños, y traerlos á todos á la abadía. Isabel aceptó la oferta de su tía, movida principalmente por la idea de reunirse con aquellos hijos que amaba con tal ternura; y no osando sin duda sus enemigos ponerle estorbos á este viaje, lo emprendió al través de los dilatados bosques y montañas<sup>1</sup> que separan la Turingia de la Franconia, en dirección á Kitzingen. Allí fue recibida con maternal bondad y muchas lágrimas por la Abadesa su tía, la cual hizo le dispusieran habitación correspondiente á su clase, y trató de hacerle olvidar los crueles dolores de cuerpo y alma á que habia sido condenada por sus enemigos. Pero no habia

<sup>1</sup> Esta cadena se conoce con el nombre de *Thuringerwald* y *Rödelgebirge*.

para la jóven Duquesa consuelo, que así le dilatase el corazón, como el seguir en todo lo posible la regla y método de vida de las religiosas, manifestando con frecuencia el sentimiento de no poder ajustarse en un todo á ella por estorbárselo el necesario cuidado de los hijos. Entre tanto Egherto<sup>1</sup>, príncipe-obispo de Bamberg, hermano de la princesa Matilde, de la duquesa Hedwigis de Polonia, y de la reina Gertrudis, y por consiguiente tío materno de Isabel, habiendo tenido noticia de los grandes trabajos de su sobrina y de su llegada á Kitzingen, creyó que ni la posición de ésta, ni los hábitos de una casa religiosa, permitian que permaneciera allí mucho tiempo con su familia; y así fue que la invitó á venirse á sus tierras. La dócil Princesa lo hizo así, dejando al cuidado de su tía la segunda de las hijas que apenas contaba dos años, y que mas adelante tomó el velo en la abadía que fuera la cuna de su

<sup>1</sup> Murió este Prelado en 1235 ó 1237: su sepulcro se halla en la catedral de Bamberg, sobre cuya losa se le ve de alto relieve, *de perfil*, y con la mano levantada en actitud de dar la bendición. Esta posición de perfil es bastante rara en los sepulcros de la edad media.

infancia. Por la acogida que le dió el Prelado, pudo inferir Isabel cuán verdadero afecto le profesaba, y cuán grande era el respeto é interés que le inspiraban sus desgracias; y como no le pareciese bien á ella aceptar la proposicion del tio sobre que la trasladaria, si este era su gusto, á la corte del Rey de Hungría su padre, quizás por el triste recuerdo de la muerte de su madre Gertrudis, el Prelado le señaló entonces para residencia el castillo de Bottenstein <sup>1</sup>, haciéndole merced de una casa equipada y montada como lo exigia su rango y condicion <sup>2</sup>. Á ella se trasladó Isabel acompañada de sus hijos y de sus fieles doncellas Isentrudis y Guta, compañeras nobles y constantes en todos los infortunios; y una vez instaladas en aquel tranquilo retiro, todas volvieron á ocuparse en sus ejercicios de piedad, de día y noche. Reparando el Obispo en aquella hermosura de veinte años todavía, y acordándose

<sup>1</sup> Ó *Pottenstein*, castillo y villa del obispado de Bamberg sobre el *Putlach*, entre *Forchheim* y *Bayreuth*, en una comarca muy montañosa.

<sup>2</sup> Se componia de dos damas de honor, dos gentiles hombres, dos camaristas, y otros dos criados; Isabel no permitió mas. (*Rothe*).

del consejo que da san Pablo, pensó de inclinarse á su sobrina á que volviera á casarse. Dicen muchos autores que el Prelado tenia puestos los ojos con tal objeto en el emperador Federico II, cuya segunda mujer, Yolanda de Jerusalem, habia fallecido recientemente; fuera de que, segun un historiador contemporáneo, así lo deseaba tambien, y muy vivamente, el augusto viudo. Pasó el Obispo en persona á verse con Isabel y darle parte del concebido proyecto, y de como pensaba en darle otro marido mas ilustre aun y poderoso que el que habia perdido; mas ella contestó con mucha dulzura, que preferia quedarse viuda el resto de su vida y servir solamente á Dios. Insistió el Prelado para persuadirla de que todavía era muy jóven para abrazar tal género de vida; trájole á la memoria las persecuciones que habia sufrido, y dió á entender que era posible se renovasen en cuanto faltara él para protegerla; pues si bien queria dejarla heredera de *Bottenstein* con todas sus dependencias, no bastaria esto para defenderla contra los ataques de los malvados, cuando ya él se hallara en el sepulcro. Sostúvose firme Isabel en su propósito: un poeta francés nos ha

conservado la respuesta que dió á todo esto: «Señor, dijo la piadosa y bella Princesa, tuve por señor un marido que me amó con ternura, y fue siempre mi leal amigo; participé de su poder y honores; dióme en abundancia joyas, riquezas y mundanas alegrías; todo esto tuve, y teniéndolo llegué á entender, y vos mismo lo sabeis muy bien, que la alegría del mundo nada vale. Por esto quiero dejar el mundo y pagar á Dios lo que le debo; las deudas de mi alma. No ignorais que las felicidades del mundo solamente traen consigo tormentos y dolores, y á la postre la muerte del alma. Yo, señor, no deseo otro que hallarme en compañía de Dios en el cielo: tengo de mi marido y señor natural dos hijos <sup>1</sup> que serán poderosos y ricos por su nacimiento; pero el Señor me haría gran merced, si yo mereciera la gracia de que los llamara á su servicio <sup>2</sup>.» No consta que hablara tambien en esta ocasion á su tío del voto de perpétua castidad que tenia hecho ya en vida de su marido, para el caso de sobrevivirle; pero sí que hablaba de ello

<sup>1</sup> Habla de los que no estaban destinados al claustro, Hermann y Soffa.

<sup>2</sup> El monge Roberto, Mss.

muchas veces con sus damas, que habian hecho el mismo voto juntamente con ella y al propio tiempo, y temian se valiera el Prelado de la autoridad que tenia para obligarlas á dispensarse de él: mas Isabel les daba ánimo, y por su parte les ofrecia la seguridad de mantenerse en aquel propósito á toda costa. «Juré á Dios, decia, y al marido mi señor, cuando era vivo, que nunca pertenecería á otro hombre. Dios, que lee en los corazones, y descubre en ellos los mas secretos pensamientos, sabe que yo hice este voto con puro y sencillo corazón y entera buena fe. En su misericordia descanso, cierta como estoy de que ha de ser el amparo de mi castidad contra las maquinaciones de los hombres, y aun contra todas sus violencias. Mi voto no es condicional, ni le he sometido yo al albedrío y gusto de mis parientes y mis amigos; sino que lo hice muy de mi grado, libre, absoluto; y por él entendí quererme consagrar toda entera, muerto que fuera mi marido, á la gloria de mi Criador. Si á despecho de la libertad, sin la cual no hay casamiento, osaran entregarme á un hombre cualquiera, protestaré ante los altares; y cuando otra salida

«no me quede, con un cuchillo desfiguraré  
«me el rostro de tal modo que cause horror  
«á todos los hombres<sup>1</sup>.» Con todo esto se  
hallaba Isabel muy inquieta y temerosa de  
que la firme voluntad que en el Obispo veia  
de llevar adelante su propósito, iba á ocasionarle pruebas y combates duros. Poseida de una gran tristeza, hija de tales temores y pensamientos, acudió al supremo Consolador, y puesta de hinojos á los piés de Jesús, deshecha en llanto, le pedia de todo corazon se dignara velar por la conservacion del tesoro que le habia consagrado<sup>2</sup>. Acudió tambien á la Reina de las Virgenes que le habia sido dada por madre: ambos la consolaron y trajeron de nuevo la paz á su corazon, hasta el punto de que muy pronto recobró el sosiego, y sintióse animada de una confianza sin límites en la proteccion del cielo<sup>3</sup>.

<sup>1</sup> Inspector cordium et absconditorum cognitor Deus novit votum... de puro corde et simplici et fide non ficta processisse... Neque enim conditionatum... sed spontaneum, absolutum ac liberum edidi votum servandae post mortem dilecti mei integerrimae castitatis ad gloriam Conditoris. Verum etsi contra libertatem matrimonii, etc. (*Theod.*).

<sup>2</sup> Pavens et tremens periculum confugit ad Dominum, et ipsius custodiae castitatem suam lacrymosis orationibus commendabat. (*Ibid.*).

<sup>3</sup> Rutebeuf.

Indudablemente pertenecen á esta época de la vida de Isabel las tradiciones locales relativas á algunos viajes que, segun se cuenta, emprendió, bien para sustraerse de las importunidades de su tío, bien con algun otro objeto devoto y de piadosa curiosidad. En una época en que la humanidad no estaba todavía absorbida por los intereses materiales, el segundo de estos dos móviles bastaba para poner en movimiento, á pesar de lo dificultoso de las comunicaciones, un número de gentes mayor tal vez que el que se agita en nuestros dias á impulsos de la codicia ó el fastidio. Débiles mujeres, enfermos, pobres, nadie resistia al deseo de ir en peregrinacion á algun célebre santuario, á venerar las reliquias de algun Santo de particular devocion, á hacer acopio, para los dias de la vejez, de dulces recuerdos de una piadosa romeria hecha bajo la proteccion de Dios y de los santos Angeles. Dos veces hizo Isabel un viaje de esta clase á Erfurth, ciudad famosa por sus muchos y hermosos monumentos religiosos, y situada en el centro de los dominios de su difunto marido, aunque pertenecia á la jurisdiccion del Arzobispo de Mayenza. Mientras su perma-

nencia, estuvo alojada en un convento de Arrepentidas <sup>1</sup>, y pasó muchos días en un completo y absoluto retiro. Al despedirse, dejó á las monjas para recuerdo un vaso ordinario que le servia para beber en sus pocas comidas; alhaja que conserva todavía aquella casa como una memoria de la humildad y bondad de la santa viajera <sup>2</sup>. Tambien fue por este tiempo cuando hizo una peregrinacion al castillo de sus antepasados maternos en Andechs, situado sobre una altura cerca de los Alpes que separan la Baviera del Tirol. Este antiguo y famoso castillo acababa de ser transformado por el margrave Enrique de Istria, tio tambien de Isabel, en un monasterio de Benedictinos <sup>3</sup>, que mas adelante se hizo célebre por la posesion de algunas de las mas preciosas reliquias de la cristiandad, y los muchos milagros que por su virtud

<sup>1</sup> Llamadas las *Señoras blancas*; hoy es un convento de Ursulinas; en él enseñan todavía un pequeño retrete que da á la iglesia y que se cree fue la habitacion de Isabel.

<sup>2</sup> El día de la fiesta de nuestra Santa hay la costumbre de hacer beber en este vaso á todas las educandas del convento. (Junio de 1834).

<sup>3</sup> Canonigos regulares de san Agustin, segun otros.

acontecieron. Isabel vino á asociarse con su presencia á la piadosa fundacion que seria la honra eterna de su familia. Desde la cima de aquella santa montaña pudo contemplar la hermosa Baviera, doblemente enriquecida á la sazón por la Religion y la naturaleza; sembrada por doquiera de célebres monasterios <sup>1</sup>, ya ocultos en el centro de antiguos bosques, ya reflejándose en las sosegadas y cristalinas aguas de los lagos de esta comarca; focos, unos y otros, de la civilizacion cristiana del país, y que por luengos siglos debian continuar siendo inviolables santuarios de las ciencias, dulce y seguro asilo de las almas ansiosas de reposo y oracion, y ofrecer hospitalidad generosa y franca á la multitud de peregrinos que se encaminaban por esta gran ruta de los reinos del Norte á los sepulcros de los Apóstoles. ¡Cuántas veces fijaria Isabel su mirada sobre aquella majestuosa cadena de los montes del Tirol, tras la cual adivina conmovido todo corazón católico Roma

<sup>1</sup> Tales son Diessen á orillas del Ammersee, fundado por santa Matilde de la casa de Meran; Wessobrunn, célebre por los manuscritos hallados en su biblioteca; Steingaden, Polting, Rottenbuch, etc.

y la Italia! Ella, sin saberlo, estaba contribuyendo á aumentar la veneracion que inspiran aquellos hermosos sitios. Logró por la fuerza de sus oraciones que al pié del monte brotara una fuente de agua, tan abundante que no deja de correr ni aun en los años de extraordinaria sequía, y posee además muchas saludables propiedades. La piadosa Princesa traia tambien consigo á este lugar, que de la proteccion de su familia iba á pasar á la de Dios, un dulce y tierno recuerdo de su vida conyugal; ofrenda que queria hacer, movida por su sencillez, al nuevo esposo de su alma. Era esta ofrenda su traje de novia, ó el vestido que llevaba puesto el dia de su desposorio con su muy amado Luis. Este vestido lo depositó sobre el altar, y á los religiosos les regaló una crucecita de plata con reliquias de los instrumentos de la Pasion, su *pax* ó relicario que siempre habia traído al cuello, y otros varios objetos tenidos por ella en estimacion grande. Dentro de pocos años el nombre de esta jóven viuda, que hoy viene como humilde peregrina á dejar su ofrenda en el naciente santuario, resonará glorioso en el mundo cristiano, y será inscrito en el cielo por la mano del Vicario de

Dios. ¿Qué tiene, pues, de extraño el que los donativos de esta Santa, por tantos títulos relacionada con estos lugares sagrados, llegaran á ser desde entonces inapreciables reliquias? ¿qué, si aun hoy mismo, á despecho de lo borrascoso y oscuro de los tiempos, viene todavía el pueblo fiel á venerarlas y besarlas con respetuoso amor<sup>1</sup>?

<sup>1</sup> Este monasterio de Andechs fue vendido á un judío en el año 1806, cuando el rey Maximiliano de Baviera secularizó todos los bienes de las comunidades religiosas. Sin embargo, la iglesia y el tesoro de las reliquias han sido conservados; el traje de novia de santa Isabel sirve en aquella todavía para guardar envueltas tres hostias milagrosas. Aun acuden á esta iglesia multitud de peregrinos, y los pueblos de las cercanías van allá procesionalmente en los dias clásicos, cantando las Letanías. Andechs está situado cerca de ocho leguas de Munich y á la inmediacion del hermoso lago de Starnberg; desde la altura donde se halla la iglesia, abraza la vista toda la cadena de los Alpes del Tirolo. Pocos sitios hay en Alemania tan dignos como este de la visita de un viajero católico. Los que acertaren á ir por allá, tengan la caridad de encomendar á Dios al autor de este libro.

### CAPÍTULO XXI.

*Que la amada santa Isabel recibió los huesos de su muy amado esposo; y de como se les dió sepultura en Reinhartsbrunn.*

Benedicti vos á Domino, qui fecistis misericordiam hanc cum domino vestro Saul, et sepelistis eum.

(II Reg. II, 5).

Requiem tibi dabit Dominus semper, et implebit splendoribus animam tuam, et ossa tua liberabit.

(Isai. LVIII, 11).

Apenas habia Isabel regresado á Bottens-  
tein, recibió un mensaje del Obispo para  
que fuera á verle á Bamberg, con el fin de  
que recibiera los restos de su marido que  
traian los caballeros de Turingia al volver  
de la cruzada. En efecto; segun ya vimos,  
los compañeros del duque Luis le habian  
dado sepultura en Otranto, y luego conti-  
nuaron su viaje á la Siria á fin de cumplir  
su voto: los que de ellos pudieron entrar  
en la misma Jerusalem, hicieron donativos  
y oraciones á intencion del difunto<sup>1</sup>, se-

<sup>1</sup> Hay historiadores que adelantan hasta decir que allí se celebró su fiesta, por haberse revelado

gun él al morir les habia suplicado lo hicieran. Al volver de su peregrinacion, pasaron por Otranto para desenterrar y llevarse consigo los despojos de su Soberano. Notaron al sacarlos de la sepultura, que estaban blancos como la misma nieve, lo cual en aquel tiempo se interpretaba como señal cierta de haber guardado el muerto inviolable fidelidad á la esposa<sup>1</sup>; y luego, depositándolos en un rico ataud, los colocaron sobre un caballo y se pusieron en marcha. En señal de su piedad, y del afecto tambien para con el difunto Soberano, llevaban los caballeros delante del féretro alzada una gran cruz adornada de pedrería: en los pueblos donde hacian alto, el féretro era depositado en la iglesia, en la cual velaban monjes ó personas piadosas, toda la noche, cantando el oficio de difuntos y otras oraciones; y al partir de mañana, nunca dejaban de hacer celebrar una misa, y depositar su ofrenda correspondiente á su santidad con muchos milagros. (Kesa, *Chron. Mss. cit.*).

<sup>1</sup> Hicieron hervir el cuerpo para separar la carne de los huesos. Bonifacio VIII prohibió para en adelante esta costumbre, salvo en el caso de que el muerto lo hubiese sido en tierra de infieles. (Signius, *de Reliquiis*).